Capítulo 3

Análisis del perdón político.

La disculpa política de Mancuso en el marco de la Ley de Justicia y Paz

CLAUDIA GIRALDO AGUDELO

En 2013, Salvatore Mancuso, exjefe paramilitar de las autodefensas de Colombia, pidió perdón a su “tierra, a sus congéneres y hermanos de sangre y terruño” (El perdón que busca Mancuso, 2013). Según la Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento (Codhes), también han pedido perdón 654 paramilitares en el marco de la Ley de Justicia y paz (Ley 975 de 2005) y se espera que lo hagan mil desmovilizados más, acontecimiento que desde una perspectiva ética analizamos en las páginas que siguen.

Como punto de partida nos detuvimos en la definición y vitalidad que han sido atribuidos al perdón, tanto en el ámbito privado como en el público. En segundo lugar, nos concentramos en el análisis de la petición de perdón de Mancuso y, por último, proponemos como conclusión la posibilidad de que una petición de perdón o disculpa política agencie diferentes formas de aceptación de la misma y también la posibilidad de la negación del perdón por parte de las víctimas.

Definición y vitalidad del perdón

En la historia del siglo XX fue frecuente que algunos países recurrieran a la amnistía y al perdón de crímenes como mecanismo de transición de las dictaduras a la democracia. Argentina, Uruguay y Grecia lo hicieron y lo han venido documentando. Es menos común que los Estados exijan a los ofensores que pidan perdón a sus víctimas; al parecer los primeros en hacerlo fueron los sudafricanos.

En Colombia, tampoco ha sido común que los agresores pidan perdón a sus víctimas, ha sido de hecho inusual. No encontramos que nadie pidiera perdón por los abusos cometidos después de la Guerra de los mil días, de la fiebre del caucho, de la violencia bipartidista y su frente nacional y del periodo de ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas de las décadas del 70 y 80. Por eso, nos preguntamos si alguien creyó o ha creído necesario este acto como parte de los procesos de “transición del conflicto a la paz”, por qué hace diez años esta necesidad se volvió inminente y el Estado colombiano impuso a los desmovilizados postulados a los beneficios de la Ley 975 de 2005 pedir perdón a las víctimas¹.

El Gobierno argumentó que es urgente lograr la reconciliación social y garantizar el derecho de las víctimas a la reparación simbólica. La ley de Justicia y Paz, en su artículo 24, establece que el Estado debe adoptar medidas articuladas de rehabilitación, restitución, indemnización, satisfacción y garantías de no repetición, con el fin de asegurar a las víctimas una reparación integral. Esta investigación pretende contribuir a las teorías filosóficas sobre el perdón, así como participar de los análisis sobre el proceso de desmovilización y aportar una perspectiva más en el arduo camino de la comprensión de nuestra difícil y triste historia nacional de violencia.

Más allá de los argumentos jurídicos y de las excepciones de la justicia transicional, es un imperativo moral que las sociedades,

1 La Ley 975 de 2005 (Ley de Justicia y Paz) exige entre las medidas de reparación, y con fines a la reconciliación, la petición de perdón. Medidas que fueron ampliadas con la Ley 1448 de 2011 (Ley de Víctimas) y ratificadas con la Ley 1592 de 2012 (reforma a la Ley de Justicia y Paz).

después de vivir episodios de profunda violencia, retomen y afiancen el conjunto de principios morales que dan sentido a su existencia individual y colectiva. Esto es, por un lado, que recuperen la confianza en las instituciones que se han creado para la protección de tales principios y en los criterios que se utilizan para guiar las decisiones, acciones y la valoración de sus propias vidas y la de los demás. Por otro, que cuenten con las garantías y las herramientas necesarias para llevar a cabo los procesos de memoria tendientes a la construcción del futuro deseable para la comunidad, la nación y la humanidad.

El daño, sea físico, psicológico o de otro tipo, mina la confianza entre las personas puesto que existe el “acuerdo” de que determinadas acciones son indeseables y constituyen un mal para las personas. Confiamos en que bajo estos principios evitaremos dañar a otros, resguardaremos colectivamente a quienes puedan ser víctimas de injurias y mantendremos y fortaleceremos instituciones cuya finalidad sea proteger de daños graves a toda la comunidad. Los crímenes atroces quiebran estos “acuerdos”, la confianza en las instituciones así como la credibilidad en la comunidad de pertenencia y en la humanidad misma.

El perdón adquiere valor moral en tanto que obra como reconstituyente de dicha confianza y reconfirma aquello que creemos bueno y lo que consideramos malo. De hecho, reitera que como colectivos deseamos el bien para todas las personas. Como señala Comte-Sponville “La misericordia no anula esta voluntad malvada ni renuncia a combatirla, sino que se niega a compartirla, a añadir odio a su odio, egoísmo a su egoísmo, cólera a su violencia (...) se trata de alcanzar al menos esta victoria sobre el mal, sobre el odio, de mantenerse lo más cerca posible del bien” (Comte-Sponville, 2005, p. 133). No obstante, en un proceso de transición política y social, el perdón no es solo una virtud en el sentido expuesto, sino un medio para alcanzar objetivos morales tales como la paz, el respeto por la dignidad humana y la reconciliación.

Una petición de perdón es un evento particular, porque se presenta después de que hemos actuado de una forma que dañó o hizo mal a alguien. Es una forma de enfrentar la agresión y el daño una vez hechos. Resulta paradójico que el perdón siendo bueno, deseable y conveniente, solo surja como consecuencia de un daño o mal moral, justo después de que hemos constatado y presenciado la imperfección y la necesidad humana.

Aunque sabemos que las acciones se explican por circunstancias y determinantes, según algunas posturas éticas como el compatibilismo, el vitalismo o el existencialismo, se parte de la premisa de que los seres humanos somos libres para responder a lo que nos pasa y así mismo somos responsables moralmente de responder por nuestros actos. Esta es una de las premisas básicas de una vida en común. Por eso, y siguiendo a Comte-Sponville, el perdón no es el reconocimiento de un error, “pues toda equivocación es involuntaria: debe ser corregido antes que castigado, disculpado antes que perdonado” (2005, p. 131). Tampoco es reconocimiento de la esclavitud humana ante las circunstancias, pues justificaría la acción y la presentaría como inevitable; por lo tanto, debería ser aceptado y no perdonado. El perdón es necesario frente al mal, el cual “está en la voluntad, no en la ignorancia. En el corazón, no en la inteligencia. En el odio, no en la estupidez. El mal no es un error, que no es nada: el mal es egoísmo, maldad, crueldad... Por eso requiere el perdón, con el que el error no tiene nada que ver” (p. 131).

Aceptar el principio de responsabilidad es asumir las consecuencias de nuestras acciones y reconocer que, pese a las posibles justificaciones o motivos que las guiaron, son injustificadas porque ocasionaron un daño grave a otras personas. Recurrir al perdón como petición u otorgamiento, tiene el mayor sentido en el terreno de lo imperdonable justamente por la libertad y la voluntad de los que optan por la crueldad.

Las Leyes 975, 1448 y 1592 ya mencionadas, entienden la importancia de la aceptación pública de la responsabilidad y de los hechos, la petición de perdón o disculpas, la declaración de arrepentimiento y el compromiso de la no repetición, entre otras, como medidas de reparación simbólica y como vías para mitigar el dolor de las víctimas. No podemos negar que esto es una necesidad vital para el país, pero tenemos dudas si en los términos en que se han hecho las peticiones de perdón contribuyen a lograr los fines contemplados en las leyes y en las teorías sobre el perdón como vía para restablecer la confianza y la reconciliación social. En consecuencia, el objetivo de las siguientes páginas es analizar una de las peticiones de perdón del exlíder paramilitar Salvatore Mancuso.

La petición de perdón de Mancuso

Mancuso² ha pedido perdón en diferentes ocasiones y por diferentes medios. La última vez, según pudimos constatar, en la grabación que se transmitió el 1 de noviembre de 2013, ocho años después de la proclamación de la Ley de Justicia y Paz. El video, que puede verse en internet, tiene una duración de 11 minutos y 10 segundos, y empieza con estas palabras:

Desde la soledad de mis días, con el llanto que cruza por mi alma después de haber causado tanto y tan injustificado dolor, a miles de seres humanos, a mi tierra, a mis congéneres y hermanos de sangre y terruño, me hubiese gustado estar presente físicamente presente entre ustedes, entre todas las víctimas, para poder mirarlos a los ojos y poder expresarles nuestro arrepentimiento, vergüenza, ánimo de enmienda y pedirles perdón desde lo más profundo de nuestro corazón. (Mancuso pide perdón a las víctimas, 2013)

Uno de los primeros asuntos que saltan a la vista es que el perdón es un asunto mínimo de dos partes: el ofensor y el ofendido. ¿Es posible analizar los posibles efectos de estas peticiones de perdón sin tener en cuenta la contraparte, es decir, las víctimas? La apuesta de esta investigación es que sí. Primero, porque nos interesa centrarnos en la petición del perdón en el marco político que no requiere necesariamente de una respuesta por parte de las víctimas. En segundo lugar, porque el otorgamiento del perdón, así como de los beneficios de la ley, dependen del cumplimiento de otras medidas que integran el de la reparación integral y de la justicia, así sea transicional. La petición de perdón es solo una parte de la ecuación, por lo tanto es inevitable que de un modo u otro tengamos que hacer alusión a las víctimas.

Por último, porque la petición de Mancuso pertenece al ámbito público, lo que la hace en sentido estricto una disculpa política. Diferentes pensadores y pensadoras coinciden en señalar la diferencia entre el perdón interpersonal y la disculpa política (Véanse: Etxeberria,

2 Las citas de Mancuso irán en cursiva para diferenciarlas de las citas teóricas, y las marcas de subrayado, cuando las hay, no son del texto.

2005; Griswold, 2007; Lefranc, 2005). El interés es que ninguna de las dos posibilidades pierdan su fuerza por intentar ajustarlas a ámbitos que no les corresponde, pero sin negar los vínculos que las unen. Griswold afirma que aunque el perdón interpersonal hace parte de la esfera privada y la disculpa política de la esfera pública, no implican una relación antagónica o de un polo deficiente, sino que hacen parte de la misma familia de conceptos, y por lo tanto comparten características en su comprensión y aplicación.

Para el análisis de la petición de perdón de Mancuso, tuvimos en cuenta, por una parte, la relación entre el perdón y el resentimiento que aunque pertenece al ámbito del perdón interpersonal es útil para el análisis que nos convoca; por otra, las particularidades de la disculpa política para poder establecer sus alcances y contar con parámetros adicionales que guíen el examen de la declaración de Mancuso.

El análisis sigue un modelo inspirado en el texto de Griswold. En la primera parte, nos preguntamos de qué forma la petición de perdón de Mancuso cumple con las características de la disculpa política. En la segunda parte analizamos la presencia de las condiciones de la disculpa política planteadas por este autor como obligatorias en un proceso de perdón.

Perdón interpersonal y disculpa política

Griswold (2007) propone cuatro diferencias entre el perdón interpersonal y la disculpa política con el fin de no esperar, de uno u otro, fines que no pueden alcanzar debido a su naturaleza. Se trata de darle a cada uno un sentido y un lugar posible y probable en medio del sufrimiento humano.

La primera diferencia entre el perdón interpersonal y la disculpa política está relacionada con la anticipación de las consecuencias morales y legales; en palabras de Griswold “la escena del perdón o disculpa política será mediada por esfuerzos de anticipar las consecuencias para los actores individuales y entidades políticas relevantes a nivel local y quizás también internacional” (2007, p. 139). En una disculpa política se mezcla el intercambio moral con responsabilidades legales y financieras como la restitución; consecuencias que no son características del perdón interpersonal.

El ingreso de Mancuso como postulado al proceso de Justicia y Paz es señal inequívoca de anticipación de las consecuencias, por esta razón es que se acoge a los beneficios de la Ley. Sin embargo, una petición de perdón es una vía para pedir a las personas que renuncien al resentimiento y al deseo de venganza. Sin detenernos a pensar si estas son o no las ‘motivaciones reales’ del exparamilitar, lo cierto es que en la petición lo señala abiertamente:

(...) por la certeza cristiana que me da la fe de saber que solo el perdón, solo la misericordia, solo la reconciliación podrá abrir de par en par las alas de nuestro corazón que necesita sentirse libre de todo resentimiento, de todo sufrimiento, de toda angustia y opresión.

Pedir perdón también es un intento por presentarse como alguien que puede retornar a la comunidad. En la petición de Mancuso podemos ver que se expresa esta anticipación, dice:

Son ustedes quienes tienen todo el derecho y todas las razones, y todo el tiempo que tienen para meditar en sus corazones qué respuesta darle a nuestra sincera y convencida petición de perdón y (darnos) una nueva oportunidad en la vida que nos permita volver de manera digna al seno de nuestros hogares, de donde en mala hora nos arrancó la guerra.

Estas palabras pretenden alcanzar una suerte de segunda oportunidad y un intento para que las personas y la comunidad moral ‘crean’ de nuevo en él. Pero también buscan preparar el terreno de su regreso después de pagar la condena y no ser blanco de venganzas. A la ley por su parte, es decir al Estado, le interesa matizar las acusaciones de permitir y promover la impunidad y la injusticia.

Anticipa una vez más un escenario de convivencia futura: “Donde las distancias que hoy nos separan se disipen en el encuentro fraterno y solidario, donde las palabras que no sepamos decir sean vínculos de unión que nos acerquen y no barreras que nos separen”. En este fragmento, se aprecia una alusión a la reconciliación, pero no se trata de su deseo real de encuentros futuros cara a cara entre él y sus víctimas, sino,

como veremos más adelante, es la estrategia de recurrir a intereses y sentimientos que puedan y deban ser compartidos. Este ideal de reconciliación mediará en las opiniones, juicios, acciones y decisiones de las víctimas y de aquellas otras personas, que aunque no se consideren víctimas directas, se sienten agredidas por las acciones de los grupos paramilitares.

Del mismo modo, se puede leer como anticipación la referencia que hace al trabajo conjunto por la paz: “con la misericordia de Dios e iluminados por su inmenso amor, podamos ustedes y yo trabajar juntos de corazón a corazón, sin más límites ni interferencias que nuestra íntima e imperiosa necesidad de la paz de nuestros corazones, la paz de nuestras familias, la paz de Colombia”. De esta manera Mancuso alude a la reparación y al camino que queda por delante, y su responsabilidad en ello.

Profundizando en la frase, habría que agregar que Mancuso insinúa que las víctimas comparten con él los deseos de alcanzar eso que él llama “la paz de nuestros corazones”, sin embargo, esta paz depende de la eliminación del miedo y del odio; “la paz de nuestras familias” que depende de la desaparición de la incertidumbre y el dolor por los daños y las pérdidas. Por eso podemos interpretarlo como una motivación viciada de transformar la opinión que de él tienen las víctimas. Como no podemos conocer sus motivaciones, y más allá de creerle o no sus buenos deseos, lo importante es comprender que en esta declaración, de manera consciente o inconsciente, Mancuso está declarando que con sus actos, decisiones comportamiento y creencias ha promovido en cada rincón del país, en las personas, en las familias y en los pueblos el miedo, el odio, la incertidumbre y el sufrimiento.

La cura a tanta destrucción no se alcanza con una petición de perdón, no obstante es necesaria como la parte del proceso de devolución del poder a las víctimas, el poder de decidir si se perdona o no, y el poder que proviene de reconocerlas a través de asumir la responsabilidad por el sufrimiento que viven. Como dijimos, en la disculpa política el ofensor intenta anticipar las consecuencias que sus actos y reconocimiento de los mismos puedan acarrear, eso no quiere decir que pueda controlar ni prever todas las consecuencias.

Una segunda diferencia es que en la disculpa política existe y se acepta la representación de las partes. Los agentes involucrados en la disculpa política generalmente son abstractos o numerosos, por

lo tanto, es necesario que existan representantes quienes son los que llevan a cabo el proceso del perdón. Son estos los que expresan los intereses de cada parte y negocian las consecuencias del perdón; de este modo, su enunciación y aceptación tendrán sobre todo un sentido simbólico (Griswold, 2007, p. 140).

Aunque Mancuso hace la petición de disculpa en primera persona, tal y como se apreció en el primer fragmento citado “Desde la soledad de mis días, con el llanto que cruza por mi alma después de haber causado tanto y tan injustificado dolor, a miles de seres humanos...”, en varios apartados también utiliza la primera persona del plural y su posesivo: nosotros, nuestro: “Gracias por la generosidad de *habernos* dado la oportunidad de aminorar un poco el dolor y el sufrimiento causado y con ello de paso mitigar el *nuestro* que ha sido *nuestra* más dura condena”.

Esto indica que se presenta como representante de un grupo de personas, pese a lo cual no menciona en ninguna parte a una organización, grupo paramilitar o la palabra autodefensas.

En la petición de perdón él está jugando un doble papel, uno como individuo y otro como representante del grupo victimario, representación necesaria que se justifica en tanto él fue la cabeza de este grupo:

A todos ustedes, a toda la comunidad y sociedad cordobesa en general (...), desde el fondo de mi alma les pido nuevamente el mismo perdón que a diario le pido a dios quizás sin merecerlo, y apelando a su infinita misericordia se los pido no solo para mí, también para quienes fueron subalternos míos, porque además todas las acciones que ellos cometieron son mi responsabilidad.

Como nuestro interés es el análisis de la petición, no incluimos a quienes fueron convocados a la Universidad de Córdoba para oír la solicitud de perdón y si iban en representación de colectivos o individuos. Por el contrario, indagamos por las contrapartes que se pueden deducir del discurso, es decir, a quienes según la declaración se dirigió Mancuso.

Él expresa su perdón hacia diferentes destinatarios: el país, las víctimas, la sociedad de Córdoba, la juventud de Córdoba, los estudiantes y los líderes sindicales de la Universidad de Córdoba. A partir de estas expresiones, en aras del análisis, identificamos cuatro

destinatarios: los y las colombianas, la sociedad de Córdoba, las víctimas en general y las víctimas de la Universidad de Córdoba.

En el texto hay cuatro usos explícitos de la palabra víctimas. En uno de los fragmentos no se refiere a las víctimas como receptores del mensaje, sino como una de las consecuencias directas del conflicto armado del cual fue partícipe.

En la primera parte de la petición se lee: “me hubiese gustado estar presente físicamente entre ustedes, entre todas las víctimas, para poder mirarlos a los ojos y poder expresarles nuestro arrepentimiento (...)”, y casi cerrando dice: “si las víctimas, si todos ustedes lo aceptan así, arrepentido, suplicante y despojado de toda arrogancia, les imploro mientras toco las puertas de sus corazones el perdón de ustedes”. Es importante señalar que se dirige directamente a las víctimas, identifica que son ellas las destinatarias, o por lo menos las personas más interesadas en escucharlo, y que son la principal contraparte de su petición de perdón.

Ante la particularidad de no dirigirse directamente a personas y grupos, nos surge la siguiente cuestión ¿podría haber identificación de las víctimas ante una petición de perdón tan general y despersonalizada? Aunque la disculpa política no contempla la necesidad del encuentro cara a cara, por eso es posible un representante tanto del ofensor como del ofendido, sí requiere que el mensaje sea claro y cumpla con el requisito de que el ofensor reconozca que ha sido el autor de hechos concretos. Este reconocimiento debe dirigirse a individuos o colectivos específicos con el fin de devolverles parte de su dignidad e identidad. Esta exigencia enfrenta a la despersonalización pues si no se hace así se manda el mensaje a la víctima de que fue “uno más”, que su dolor seguirá anónimo y que su existencia puede relativizarse así como se “relativizó” la de sus seres queridos.

Por otra parte, Mancuso se dirige explícitamente a las víctimas de la Universidad de Córdoba y les pide perdón: “Suplico públicamente a toda la comunidad universitaria y particularmente a la Universidad de Córdoba, a sus estudiantes, profesores, directivos, pensionados, familiares y amigos, su perdón por todas las actividades realizadas por nosotros y que les causaron daño”. Esta precisión se entiende en razón de que el acto de perdón tuvo lugar en la Universidad de Córdoba en el que estaba contemplado un momento especial para las víctimas de esta Universidad.

Es importante ver que al identificar y dirigirse a un colectivo determinado lo obliga a proponer una medida de reparación:

Y ruego al Gobierno Nacional y al honorable tribunal que me juzga que como medida de reparación para la universidad se puedan incrementar los cupos que requiere la Universidad de Córdoba, para cursar sus estudios superiores en la única institución de carácter público que tenemos en el departamento y la región, de 12.000 hasta 40.000, para que la reparación tenga un impacto institucional que favorezca la educación superior pública y en especial a la inmensa capa social de la juventud cordobesa de bajos recursos que hoy se debate en la frustración por no tener cupos para estudiar en la Universidad de Córdoba³.

La Ley contempla el uso de los bienes de los exparamilitares en la reparación de las víctimas, sin embargo, nos inquietan las razones por las cuales no pide directamente al Gobierno que a través de esta medida haga la reparación. Por el contrario, parece estar exigiéndole acciones concretas de reparación para el claustro, lo que produce un cambio en la percepción sobre el grado de responsabilidad del sufrimiento causado a los miembros de esta institución por parte de los grupos paramilitares en cabeza de Mancuso hacia el Estado que en efecto tiene el deber de prevenir tales violaciones.

Aunque parezca forzado y en apariencia no haya mucha diferencia entre las víctimas en general y las víctimas de la Universidad de

3 No hay información clara sobre las razones que llevaron a Mancuso a controlar la Universidad de Córdoba, la versión más aceptada es que él creía que la Universidad era un centro de operaciones ideológicas de la guerrilla, sin embargo, la toma de la Universidad también tuvo intereses económicos. Hoy día la institución se encuentra en un proceso de reparación colectiva. Según una noticia del diario El Espectador publicada el 6 de marzo de 2015, durante el periodo comprendido entre 1995 y 2004 fueron asesinados 15 estudiantes y profesores y un candidato a la rectoría, y se conocieron diversas amenazas a líderes sindicales. Este mismo diario anuncia que una de las casas que Mancuso tenía en Montería fue entregada a la Universidad.

Córdoba, cuando Mancuso nombra a *sus estudiantes, profesores, directivos, pensionados, familiares y amigos*, este nombrar no es en vano.

El filósofo y sociólogo alemán Axel Honneth en desarrollo de su teoría del reconocimiento estableció una relación entre desprecio e integridad humana:

En nuestro uso cotidiano del lenguaje está todavía asumido como un saber evidente que la integridad del hombre se debe de modo subconsciente a la aprobación o al reconocimiento de los otros sujetos. En la autodescripción de los que se ven tratados moralmente de un modo falso juegan hasta hoy un papel dominante categorías tales que, como las de «ofensa» o «humillación», se refieren a formas de desprecio, de reconocimiento negado. (Honneth, 1992, p. 79)

Honneth afirma que la experiencia de desprecio puede llevar al desmoronamiento de la identidad de una persona. Los procesos de individuación y autopercepción como sujetos con capacidades y cualidades dependen en gran medida de la aprobación y de las relaciones de intersubjetividad mediadas por el reconocimiento. Al respecto Rueda (2012), quien escribió un artículo sobre perdón y arrepentimiento, dice, siguiendo a Honneth, que cuando tiene lugar una tortura, o se daña gravemente a alguien, el victimario está despreciando a la víctima haciendo uso de la fuerza física y eso produce que haya un desconocimiento de la integridad de la persona. Ambos autores afirman que esto puede resarcirse a través del reconocimiento y del cese del desprecio.

A pesar de que se trata de una disculpa política y no de un perdón interpersonal, el pedirle perdón a personas o colectivos concretos, así sea a través de sus representantes y como mencionaremos más adelante con el arrepentimiento, el victimario está devolviéndole parte de la dignidad que le arrebató a sus víctimas, las está reconociendo como pares, como seres humanos a quienes respeta.

Un tercer grupo al que Mancuso se remite es la sociedad cordobesa. Es muy llamativo que sea tan reiterativo en disculparse y dirigirse a la población del departamento de Córdoba, pues a lo largo de la declaración es evidente que hay un sentimiento de “amor” regional: “A todos ustedes, a toda la comunidad y sociedad cordobesa en general, a esa

tierra que me vio nacer y crecer, llena de bellos y hermosos valles y ríos, a todas las víctimas, a toda Colombia, desde el fondo de mi alma les pido nuevamente el mismo perdón”.

En algunas entrevistas Mancuso ha reiterado su convencimiento de estar trabajando y protegiendo los intereses de su región y que fue eso lo que lo motivó a pertenecer y luego liderar las autodefensas. En este sentido se siente parte de tal comunidad y pide perdón a sus congéneres y hermanos de sangre y terruño, y es allí donde probablemente imagina regresar: “Suplico públicamente a toda la comunidad universitaria (...) su perdón por todas las actividades realizadas por nosotros y que les causaron daño, afectando la institucionalidad de *nuestra amada* universidad” y más adelante dice: “Sin lugar a dudas le hicimos daño a una de las instituciones más representativas de nuestro departamento”.

Sin embargo, en los procesos de disculpa política este grupo no es contemplado y por lo tanto no va a ser invitado ni representado por alguien. Es necesario revisar si en los procesos de reintegración y reparación existen colectivos que aludan también a esta identidad regional, y revisar si es importante incluir tal criterio, más allá de que sea una categoría político-administrativa, en el llamado periodo de postconflicto y reconciliación nacional.

Por último, Mancuso dirige su petición a la población colombiana en general. Es comprensible que por la magnitud de los daños que causó, Mancuso eleve la solicitud de perdón a todo el país a “toda Colombia”, pero es una solicitud en todo caso simbólica pues no todas las personas se identifican a sí mismas como víctimas o como interlocutoras válidas de sus palabras. No obstante, de este modo se evidencia la diferencia señalada por Griswold (2007): la disculpa se dirige a la comunidad moral.

La inquietud radica en que cuando se remite a una comunidad moral de escala nacional los lazos de lealtad y los valores de solidaridad y afecto, irremediablemente deben estar acompañados y sobre todo sostenidos por procesos sólidos de verdad y de justicia. Aunque Mancuso se disculpe, no logra producir un sentimiento de identificación, es decir no logra minimizar la percepción de que distancias y diferencias profundas nos separan de él, de sus ideales y de sus comportamientos.

La tercera diferencia que establece Griswold (2007) se relaciona con la complejidad que supone un proceso de disculpa política, “evidente

en la inevitable multiplicidad y conflicto de perspectivas, intereses, y pasiones; en la multiplicidad de organizaciones o ‘cuerpos’ civiles y gubernamentales; y en su pasado. Toda disculpa envolverá conflicto entre las partes” (p. 139). Por lo tanto, se recalca que no hay solo un sentimiento que motive a todas las partes involucradas, como sí lo habría en el caso del perdón interpersonal, y que los sentimientos envueltos se relacionan con la dimensión corporativa, los intereses particulares y los intentos por proponer sentimientos que pueden compartirse.

Dijimos que Mancuso identifica cuatro grupos: las víctimas, las víctimas de la universidad, la sociedad de Córdoba y el país; un quinto grupo de interés que se deduce del discurso es el Gobierno y los tribunales de justicia. También hace alusión a la guerrilla. Creemos que es posible identificar en la narración de Salvatore Mancuso algunas pistas sobre los sentimientos y responsabilidades que él asigna a estos grupos.

A la guerrilla no la nombra directamente pero dice: “Hacer justicia, haciendo injusticia. Qué gran error. El mismo en el que cayeron nuestros *victimarios*, qué tragedia para tantas víctimas, qué tragedia para mí, para mi familia, para mis hijos y qué tragedia para nuestro país que ha sufrido en carne propia y padece aún los desvaríos del conflicto armado”. De sus palabras se puede deducir que los grupos guerrilleros al atentar contra las vidas, dignidad y bienes de muchas personas y familias, lo obligaron a él y a sus subalternos a conformar las autodefensas y *participar en el conflicto político social armado*.

La guerrilla y el Estado y sus gobiernos son los responsables de que ellos decidieran tomar las armas:

Veinte años atrás, cuando circunstancias dolorosas y traumáticas me enceguecían, y en la medida en que el Estado y los gobiernos sucesores, y las organizaciones políticas no cumplieron con su tarea histórica de gobernar y defender la vida, honra y bienes de todos nosotros, fui impulsado por el Estado a tomar las armas y convertirme en mala hora en un actor del conflicto político social armado de nuestro país.

Al Gobierno y a los tribunales de Justicia y Paz los identifica como aquellos que tienen la responsabilidad de aplicar las medidas

de reparación, pero es importante señalar que al recomendarle qué medidas, a quiénes otórgaselas y el para qué de tales medidas, de alguna manera se pone a sí mismo como un interlocutor válido y con conocimiento de aquello que le conviene a las víctimas, a las regiones más afectadas por sus acciones y al país. De hecho con estas palabras intenta participar como “negociador” en los procesos de reparación.

El reconocimiento y sentimiento que asigna a las víctimas, las víctimas de la universidad, la sociedad cordobesa y a toda Colombia es el de haber sido generosos al aceptar escuchar la disculpa y en el caso específico de las víctimas por declarar las barbaries a las que fueron sometidos: “Por dejarnos escuchar sus dolores y sufrimientos, que padecieron durante nuestra equivocada participación en el conflicto armado, para que esta barbarie jamás se vuelva a repetir”.

En segundo lugar, espera que a pesar del profundo dolor, estos grupos tenga misericordia y consideren otorgarle el perdón:

Quiero que sepan que el perdón no borra la culpa, pero la transforma en semilla, en manantial de bendiciones futuras, si las víctimas, si todos ustedes lo aceptan así, arrepentido, suplicante y despojado de toda arrogancia, les imploro mientras toco las puertas de sus corazones el perdón de ustedes. No como un derecho mío o nuestro. Sino como una opción que solo a ustedes les compete decidir concederla o negarla.

Utiliza la frase “Un perdón sublime y valeroso de quienes lo conceden, los convierte en victoriosos (...)”. Son palabras persuasivas en las que reconoce que el dolor que causó supera cualquier intención, religiosa o moral, que las víctimas tengan de perdonarlo.

Todo esto constituye una narrativa, la narrativa de Mancuso, que también representa la narrativa de los grupos paramilitares. Ampliar el análisis del perdón implica necesariamente revisar y analizar las narrativas que cada grupo produce sobre los sentimientos y responsabilidades de los grupos de interés que identifica en sus propios discursos.

Griswold (2007) propone una última diferencia: en la disculpa política se suscitan sentimientos que pueden ser compartidos y que tienen

como objetivo motivar la participación de las partes involucradas en el proceso. Así las cosas, los objetivos de aliviar el resentimiento y dejar de lado la venganza propios del perdón en sentido interpersonal, no son reproducibles con exactitud en la escena política, ya que los sentimientos que se ven involucrados en este ámbito están relacionados con el fomento de ideas de orgullo nacional, amor patrio, entre otros, por parte de diferentes actores sociales, incluidos los medios de comunicación.

En su discurso Mancuso hace referencia varias veces a sentimientos compartidos de paz y de reconciliación:

(...) que podamos ustedes y yo trabajar juntos de corazón a corazón, sin más límites ni interferencias que nuestra íntima e imperiosa necesidad de la paz de nuestros corazones, la paz de nuestras familias, la paz de Colombia

(...)

Esperando que ese terrible periodo que hemos vivido termine e inicie uno nuevo donde la brújula que nos oriente sea la paz y la reconciliación, y el amor, el corazón que nos anime.

(...)

El amor, el perdón y la misericordia son el único camino para alcanzar la paz y la reconciliación

(...)

Donde las distancias que hoy nos separan se disipen en el encuentro fraterno y solidario, donde las palabras que no sepamos decir sean vínculos de unión que nos acerquen y no barreras que nos separen.

Sin embargo, el sentimiento al que alude Mancuso más reiteradamente es al amor. Lo hace cuatro veces directamente y doce veces cuando se refiere al corazón. Pide perdón desde su corazón, pide que lo perdonen desde los corazones, propone trabajar de corazón a corazón, y sanar los corazones. De igual forma, hace constantes alusiones a los sentimientos y a la fe cristiana como manera de acercarse a las víctimas y de lograr su identificación con ellas. Mancuso hace llamados a Dios en once oportunidades (una de ellas como bendiciones), las cuales están relacionadas con que Dios es testigo de su arrepentimiento y promesa de cambio, como figura a la que ama y a la

que le pide perdón a diario, como guía del camino por venir y como el que tiene el poder para ayudar a sanar y a perdonar.

¿El amor es un sentimiento común al que pueda aludirse? Si algo representa Mancuso es la falta de amor, la ausencia del bien. Que sea precisamente el responsable de crímenes atroces y se remita al amor como valor común, reta, o incluso podría indignar aún más. Podríamos experimentar que usa y banaliza aquello tanpreciado para muchos. Lo que es importante en el contexto de una disculpa política es centrarnos, no en la sinceridad de sus palabras, cosa que no podemos saber, sino en lo que socialmente podemos hacer.

Tampoco fijarnos en los sentimientos de otros o pedir a las víctimas que devuelvan amor frente a la ofensa y al dolor. Otorgarle una carga moral y cristiana a la decisión de perdonar podría ser visto como una imposición y una doble victimización, una imposición que es injusta con los sentimientos de la víctima, quien podría ver el perdón como una opción para no apartarse de la comunidad moral y de su comunidad religiosa, y por el temor de no alcanzar la redención, mas no porque de verdad lo crea probable y aceptable para sí misma.

En el contexto de la disculpa política lo que podemos hacer es usar las palabras de Mancuso como el punto de partida para que como sociedad recurramos a la moral. En primer lugar, el valor moral exige su propio reconocimiento. Debemos tener veneración hacia el bien, respetarlo y amarlo por encima de todo: “Sólo (sic) necesitamos la moral cuando nos falta el amor (...). Esto es lo que el deber expresa o revela: sólo (sic) nos obliga a hacer lo que el amor, si estuviera ahí, suscitaría, sin ningún tipo de obligación” (Comte-Sponville, 2005, p. 233).

En este sentido, la alusión al amor y a Dios constata la enorme dificultad que enfrentamos. Constata que estamos frente a un gran reto moral que involucra a todos: ofensores, víctimas, sociedad civil y Estado. Los sentimientos colectivos tienen la función de reforzar los sentimientos de pertenencia e identidad sobre los cuales se intenta la reconciliación social, la reconstrucción de la sociedad. Pero la alusión al bien se refiere a la afirmación de la comunidad moral como aquella que se caracteriza por un sistema de normas y exigencias recíprocas. Lo moralmente bueno es que haya simetría e igualdad. Eso es lo mismo que comprometerse con los derechos humanos.

Para cerrar esta parte del análisis de la petición de perdón de Mancuso y teniendo en cuenta los lineamientos de Griswold (2007), señalaremos que por las diferencias antes señaladas entre el perdón interpersonal y la disculpa política, esta última tiene unos alcances específicos. La disculpa política no es una petición de perdón que podamos analizar y de la que podamos esperar los alcances de un perdón interpersonal, especialmente frente a la renuncia al resentimiento. Los rituales de reconciliación que se realizan en el marco de un proceso de disculpa política tienen un objetivo simbólico que consiste en recibir de vuelta al ofensor dentro de la comunidad moral y asegurar la convivencia. Griswold es enfático en afirmar que la disculpa política no sustituye de ningún modo las condiciones del perdón, puesto que la reinserción del ofensor en la comunidad moral no implica que el resentimiento de los ofendidos desaparezca.

Al tratarse de una disculpa política, lo que podemos esperar es un compromiso público a través del que se afirman y aceptan normas comunes de convivencia y se envía un mensaje claro sobre la posibilidad de cooperación. Para esto es necesario que se pida la disculpa (así sea en forma de perdón), ya que esta nos ubica más en el terreno de empezar un proceso de superación de los sentimientos negativos que lo expresan y perpetúan. El ofensor desea demostrar que aún existe una humanidad compartida, que él es más que el acto injurioso, que está arrepentido y que está dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos y que para lograr el perdón esta petición irá acompañada de otras características como la verdad, el arrepentimiento, la disposición al cambio, entre otras. Adicionalmente, que está sujeto a las normas de ley.

Como bien lo afirma Griswold, y como vimos con Honneth (1992), ofrecer disculpas es una expresión de respeto y de honor hacia la parte ofendida, “La disculpa lleva al ofensor hacia un nivel de paridad moral con el ofendido, reconociendo la capacidad y el hecho del error moral por parte del ofensor, y que se debe al ofendido una expresión pública de dicho reconocimiento” (Griswold, 2007, p. 175). Por lo tanto, como acto público la disculpa política trae consigo la reafirmación del estatus de la parte ofendida y más específicamente el de ofrecer a la comunidad moral cimientos sobre los cuales reconstruir la seguridad y confianza en la comunidad y el Estado.

Mancuso ha sido acusado de 10 mil asesinatos, 60 masacres, 600 desapariciones forzadas y 19 mil familias desplazadas (El perdón que busca Mancuso, 2013). Son demasiadas víctimas, sin contar con el daño al resto de los y las colombianas. ¿Puede un país recuperarse de algo así?, ¿Podemos perdonar/disculpar estas atrocidades?, ¿En algún sentido puede una disculpa política conducirnos por un lado, hacia la reducción del resentimiento y por otro lado, contribuir a la reparación y el retorno de la seguridad y la confianza?

Las condiciones de la disculpa política en la petición de Mancuso

Para Griswold (2007) y otros autores, la disculpa política tiene condiciones, es decir para que logre los objetivos antes citados y que sea aceptada, el ofensor debe cumplir cuatro características: el reconocimiento por parte del ofensor de sus acciones y de su culpabilidad en los hechos enunciados, repudiar dichos actos, expresar arrepentimiento hacia la parte agredida por haberle causado esos daños y convertirse en la clase de persona que no comete este tipo de acciones ni ese tipo de daño.

Podemos apreciar que estas condiciones hacen explícito que pedir el perdón u otorgarlo, bajo ninguna circunstancia justifica los actos o deja de condenarlos. El ofensor-criminal debe reconocer la atrocidad de sus acciones, repudiarlas, estar arrepentido de sus actos y comportamientos y comprometerse a cambiar. Es decir, el perdón no significa una relativización de que el daño es un daño atroz y que es rechazado moral y jurídicamente. Tampoco que se perdona a la persona que realizó tales atrocidades y vejámenes. En el contexto político significa que se cree, en razón de una humanidad común basada en principios morales y religiosos, en la posibilidad de cambio, en la necesidad de detener, de una vez por todas, tales comportamientos y de transitar el difícil camino de fe; de la fe en las instituciones, pero sobre todo de la fe en la humanidad.

Las condiciones que debe cumplir el ofensor son necesarias para que la disculpa política alcance el objetivo simbólico y moral de la recuperación de la confianza y contribuya a los procesos de reconciliación. Estas condiciones son las razones que los ofendidos tendrán para recuperar la confianza en los procesos políticos y sociales; la confianza en la existencia de una comunidad moral.

Para Griswold (2007), la primera condición que debe reunir el ofensor para pedir perdón es que tiene que reconocer que es el autor y el responsable de los actos que causaron daño. Si esta condición no se da, si el ofensor evita su responsabilidad en la acción, “no sólo (sic) agregaría un insulto a la injuria sino especialmente se quebranta la posibilidad de creer que el ofensor no volverá a repetir la injuria” (p. 49).

Mancuso no deja ver en forma precisa cuáles son los hechos de los cuales se responsabiliza, no hay unos hechos claros por los cuales manifiesta su arrepentimiento. Utiliza expresiones como “Gracias por la generosidad de habernos dado la oportunidad de aminorar un poco *el dolor y el sufrimiento causado (...)*” o “(...) todos los días al despertar constato que no fue eso, que fue un fatal capítulo en mi vida y de la vida de los seres a quienes causé daño, dolor y sufrimiento”.

Se hace responsable por las consecuencias morales de sus actos, pero no menciona los actos que las produjeron. Tal omisión podría entenderse como la posibilidad que tienen las víctimas de sentirse representadas en la petición, sin importar de qué hecho o acontecimiento se trate. También puede tratarse de una forma de evitar confesiones adicionales a las que ya ha hecho en las *sesiones de verdad* ante los jueces de Justicia y Paz. Sin embargo, al no responsabilizarse de actos concretos, es muy difícil establecer cuál es el tipo de injuria que Mancuso no volverá a repetir.

Respecto al daño que ocasionaron sus acciones, en algunos apartados utiliza adverbios que enfatizan en la magnitud de los mismos: “con el llanto que cruza por mi alma después de *haber causado tanto y tan injustificado dolor*, a miles de seres humanos”, casi al final dice “Le suplico a Dios ayude a sanar *tanto dolor y sufrimiento que les causamos*”. Aunque este uso no reemplaza la necesidad de precisar los perjuicios, de cierto modo dimensionan el daño producido y nos pone frente a alguien que cometió agresiones y violaciones de una magnitud más allá de lo “contemplado” y de lo perdonable.

En otra parte de su petición, Mancuso manifiesta “(le pido a Dios) también por ustedes después de haber sufrido en carne propia los vejámenes que cometimos”. En esta oración el término “vejamen” es una tímida alusión a las violaciones cometidas, en tanto que al usar esta palabra estaría reconociendo que el dolor es causado por haber maltratado, perjudicado y perseguido a diferentes personas y comunidades.

Existe una ocasión fundamental en la petición:

En un principio admitir públicamente la cantidad y magnitud de crímenes de guerra y delitos atroces, fue para mí como clavarme en el pecho mil puñales (...). Pero fue de esa manera (...) auscultando y meditando profundamente (...) por las razones de mis culpables comportamientos, como pude finalmente acceder al trabajoso perdón de mí mismo (...).

Las normas del derecho internacional contemplan el reconocimiento de valores esenciales de la condición humana que la comunidad internacional debe proteger y por tal razón han legislado para poder juzgar penalmente los actos contrarios a esos valores y garantizar la dignidad del ser humano, la paz y la seguridad internacionales. Por “su naturaleza abominable” y porque “la humanidad, en su conjunto, es la víctima”, tres conductas son tipificadas como crímenes atroces: los crímenes de lesa humanidad, el genocidio y los crímenes de guerra.

En este sentido, esa frase de Mancuso es el centro de su aceptación de la responsabilidad y de las consecuencias futuras, incluso sobrepasando la protección de la Ley de Justicia y Paz. Los crímenes contra la humanidad o crímenes de lesa humanidad son ataques contra la población civil que por su gravedad –consistente en su generalidad, masividad, crueldad o sistematicidad– atentan contra bienes jurídicos individuales –vida, integridad, libertad–, pero también contra dos bienes jurídicos colectivos –los derechos humanos y la paz y seguridad internacionales– cuya protección sobrepasa la competencia exclusiva del ámbito estatal para entrar en la esfera del derecho penal internacional (Conejos, 2012).

Sin embargo, la parte más concreta respecto a los delitos cometidos es aquella en la que Mancuso hace referencia a los actos en contra de la Universidad de Córdoba. Se responsabiliza allí de persecución, amenazas contra estudiantes y líderes sindicales, y de desplazamiento forzado. No obstante, de nuevo enfatiza en las consecuencias y no tanto en los actos o en los victimarios en sí mismos, los minimiza ayudándose del uso de la voz pasiva y de un ‘nosotros’ indeterminado que reemplaza un sujeto que nunca es enunciado a lo largo de la petición:

Suplico a la comunidad universitaria (...) su perdón por todas las actividades realizadas por nosotros y que les causaron daño (...). [Más adelante precisa:] “Perdón por esa juventud que vio truncada la generosa y escasa accesibilidad a los estudios superiores, cuando por nuestros actos debieron abandonar la universidad. Perdón por los estudiantes y líderes sindicales que tuvieron que callar cobijados por el terror y el miedo en una institución diseñada para la libre expresión, por los que se fueron de la universidad y por los que debieron abandonar a Córdoba, a la región y hasta el país.

Por otra parte, Mancuso justifica sus acciones y amplía la responsabilidad de los hechos hacia la guerrilla, el Estado y el conflicto armado del país, atenuando su propia responsabilidad frente al mal causado:

Veinte años atrás, cuando circunstancias dolorosas y traumáticas me enceguecían, y en la medida en que el Estado y los gobiernos sucesores, y las organizaciones políticas no cumplieron con su tarea histórica de gobernar y defender la vida, honra y bienes de todos nosotros, fui impulsado por el Estado a tomar las armas y convertirme en mala hora en un actor del conflicto político social armado de nuestro país. Lo hice orientado por principios humanos y políticos supuestamente bien intencionados y altruistas, pero permisivos y laxos con el uso de la violencia y la ilegalidad, que hoy juzgo totalmente equivocados y que en aquella época me sugería falazmente que el fin justificaba los medios. Hacer justicia, haciendo injusticia. Qué gran error. El mismo en el que cayeron nuestros victimarios, qué tragedia para tantas víctimas, qué tragedia para mí, para mi familia, para mis hijos y qué tragedia para nuestro país que ha sufrido en carne propia y padece aún los desvaríos del conflicto armado y el sacrificio de tantas vidas, sobre el maligno altar de la perversidad ideológica, de la intolerancia política y del crimen atroz, puestos al servicio de causas que puede que sean nobles, idealistas en sus orígenes, pero que la práctica de la guerra contamina y degrada, por la ciega y desmedida ambición de victoria y de poder.

Así las cosas, podemos decir que esta primera condición se cumple en la medida en que reconoce su responsabilidad en los daños que causó, pero al no mencionar hechos concretos, al intentar justificar su responsabilidad como un error, plantea su convencimiento de que intentaba protegerse y proteger a los suyos de los verdaderos victimarios. Una especie de reconocimiento de su responsabilidad en daños “colaterales”. Es un énfasis demasiado notorio en las consecuencias, pero no un reconocimiento de su responsabilidad en la lógica que motiva tales comportamientos, el mal que encarnan y su imposibilidad de ser justificados bajo circunstancia alguna.

Fijémonos que la responsabilidad que se asume en el ámbito de la disculpa política, no es la verdad que se espera en la esfera de la justicia (ambas instancias en el contexto de la ley son complementarias). La responsabilidad frente a los actos, frente a sus consecuencias y el reconocimiento de que no hay justificación posible de actos es imprescindible en el marco del perdón. Para que la disculpa política sea una vía que conduzca a la reparación moral y a una posible reconciliación, es necesaria la identificación de que unos actores específicos, claramente identificables, asumen la responsabilidad de daños concretos y reconocen que se ejercieron sobre personas o grupos de personas particulares. No son daños en general, son daños concretos que personas concretas ejercieron sobre otras, a la vista de otras. La verdad en el contexto del perdón no es solo un acto de memoria. La responsabilidad es el reconocimiento a las víctimas de que no deberían haber pasado por lo que pasaron, que eso no está bien, que no existe justificación para eso. La responsabilidad personal opera como indicador de las incapacidades cognitivas y emocionales para conseguir el bien.

Desde el punto de vista de la sociedad que elige un proceso de disculpa política, exigir que los victimarios se responsabilicen de los actos que causaron daño es el primer paso para creer que el ofensor no volverá a repetir estas acciones. Por eso, la sociedad en su totalidad debe oponerse a que estas declaraciones de verdad y las peticiones de perdón sean indeterminadas, incompletas y generales. A que bajo ninguna circunstancia sean justificadas las acciones que provocan daños graves. El asumir la responsabilidad y el exigirla es un paso fundamental en la reconstrucción de los principios y de los lazos morales.

La segunda condición expuesta por Griswold (2007, p. 49) es que el ofensor “debe repudiar sus actos (reconociendo su equivocación) y por lo tanto rechazar la idea de que sería el autor de estos actos de nuevo”. Para el autor, esta condición es un paso esencial para demostrar que se ha presentado una interiorización moral del mal causado y que hay un compromiso real de cambio.

Mancuso expresa directamente: “Y el juramento ante Dios, ante la justicia y ante la sociedad entera, que mis manos no volverán a empuñar un arma y que las abro con el infinito amor de dios para trabajar por resarcir y menguar el dolor causado y como garantía de no repetición”.

En otras ocasiones expresa que repudia sus actos y que rechaza la idea de volver a cometerlos:

(...) Pero todos los días al despertar constato que no fue eso, que fue un fatal capítulo en mi vida y de la vida de los seres a quienes causé daño, dolor y sufrimiento. Cuánto quisiera no haber vivido, ni mucho menos protagonizado este dolor.

Lo hice orientado por principios humanos y políticos supuestamente bien intencionados y altruistas, pero permisivos y laxos con el uso de la violencia y la ilegalidad, que hoy juzgo totalmente equivocados y que en aquella época me sugería falazmente que el fin justificaba los medios. Hacer justicia, haciendo injusticia. ¡Qué gran error!

No obstante, permanece el atenuante expuesto en la primera condición pues relativiza las expresiones de repudio al no señalar con precisión cuáles son los actos que rechaza. Por lo tanto, siguiendo a Griswold (2007), el hecho de que no se cumplan estas condiciones en su totalidad nos hace pensar que el ofensor efectivamente puede volver a ser el autor de este tipo de acciones, puesto que no se trata solo de las acciones, sino también de la lógica que las impulsa y que las sostiene, adicional a que si esta lógica permanece en la sociedad, pueda aparecer de nuevo una persona o grupo que cometa este mismo tipo de acciones. Sin embargo, en este sentido las frases: “Lo hice orientado por principios humanos y políticos supuestamente bien intencionados y altruistas, pero permisivos y laxos con el uso de la violencia y la ilegalidad el fin justificaba los medios. Hacer justicia, haciendo injusticia”, de alguna manera cierran la cuestión.

Como tercera condición, “el ofensor debe experimentar y expresar arrepentimiento por haber causado la injuria particular a esa persona en particular” (Griswold, 2007, p. 50). Como atributo fundamental de este arrepentimiento está su expresión hacia la persona lastimada, con lo cual el ofensor hace un reconocimiento del respeto que merece su víctima. Esta acción comunicativa implícita en el perdón evidencia su carácter retórico y fortalece el argumento de su sentido social.

En tres ocasiones Mancuso expresa su arrepentimiento:

(...) me hubiese gustado estar presente físicamente presente entre ustedes, entre todas las víctimas, para poder mirarlos a los ojos y poder expresarles nuestro arrepentimiento, vergüenza, ánimo de enmienda y pedirles perdón desde lo más profundo de nuestro corazón. Solo Dios sabe cuánto arrepentimiento hay en mi corazón, cuanto desearía reversar el tiempo para sentir que este episodio oscuro, desalmado, doloroso, fue solo una pesadilla.
 (...) si las víctimas, si todos ustedes lo aceptan así, arrepentido, suplicante y despojado de toda arrogancia, les imploro mientras toco las puertas de sus corazones el perdón de ustedes.

Aunque esta particularidad puede ser justificada en tanto que la petición de perdón de Mancuso se desenvuelve en un escenario político, no podemos obviar que la finalidad de esta condición es la expresión de respeto del ofensor hacia sus víctimas; finalidad que puede ser cuestionada en el discurso de Mancuso, entre otras cosas, por su despersonalización y por la falta de reconocimiento explícito de los hechos victimizantes. La expresión de respeto debe incluir el repudio de haberlos acusado y despreciado. Aunque él obra como representante y se dirige a las víctimas en general, una disculpa debe ser más concreta y el arrepentimiento debe ser más preciso. No solo por el dolor que causó, sino también por lo que significó para las personas el trato y lo que significaba para los paramilitares; de eso también debe arrepentirse.

La cuarta condición es que “el ofensor debe comprometerse a ser la clase de persona que no inflige este tipo de injurias, y este compromiso debe ser mostrado a través de actos y palabras” (Griswold, 2007,

p. 50). Como ya mencionamos Mancuso afirma que “mis manos no volverán a empuñar un arma...”.

Este compromiso de cambio es evidencia de que hay un verdadero repudio hacia los actos del pasado y hacia la persona que causó estas acciones; por lo tanto, para el autor esta condición refleja no solo el carácter retórico del perdón, sino que, junto con las demás condiciones, constituyen el requisito de contrición necesario en el proceso.

Mancuso no debe comprometerse solo a no empuñar un arma, debe comprometerse también a no ser el tipo de persona que cree que el fin justifica los medios, que los seres humanos pueden ser tratados como cosas, que su arrogancia, ambición, pasan por encima de los acuerdos sociales y que su dolor, intereses y ambiciones son superiores a los de cualquiera. Él representa unos ideales que siguieron miles de personas, creó una organización cuyos lineamientos justificaban el terror y la violencia. Sumó odio al odio y consolidó y abanderó criterios y lógicas que permearon toda la sociedad de las cuales será muy difícil deshacernos.

Desde esta perspectiva, el compromiso de enmienda no es tan evidente en el discurso de Mancuso. Las referencias que hace a cambios en su vida no las hace a nombre propio sino que incluye a las personas a quienes dirige el perdón: “(...) podamos ustedes y yo trabajar juntos de corazón a corazón, sin más límites ni interferencias que nuestra íntima e imperiosa necesidad de la paz de nuestros corazones, la paz de nuestras familias, la paz de Colombia”.

Del mismo modo, como ya anotamos líneas arriba, sus expresiones relacionadas con la reparación a las víctimas son negociadas con el Estado, sin dejar ver la voluntad de reparar a las víctimas por su propia cuenta. Así las cosas, afirmamos que la simple expresión de cambio no es suficiente para el perdón, sino que debe estar acompañada de acciones que la soporten. Griswold (2007) argumenta que para que la reparación tenga valor moral dentro de la disculpa política, debe tratarse de una reparación simbólica. La petición de perdón de Mancuso es solo una parte del engranaje y proceso de la reparación moral a la que hay que hacerle un seguimiento permanente por los años venideros.

Debemos anotar, sin embargo, que “Las reparaciones pueden ser hechas y coherentemente justificadas sin obligar a las partes a disculparse” (Griswold, 2007, p. 154). La reparación, sea económica, moral

entre otras, tiene un objetivo diferente al de la disculpa política, se trata de percibir una compensación o beneficio económico o de otro tipo en respuesta al daño causado, más que de afirmar la comunidad moral. El autor defiende que la reparación solo es posible dentro del campo de la justicia, no del perdón.

En conclusión, en la petición de Mancuso podemos apreciar la presencia de las cuatro condiciones. Sin embargo, vemos que su cumplimiento es acotado. Nos cabe entonces preguntarnos: ¿si cumple las condiciones, qué podríamos esperar? La respuesta a esto es teórica. Sería muy conveniente analizar lo que está pasando en este escenario de imperfección.

Teniendo en cuenta las implicaciones del perdón expuestas por Griswold (2007), la petición de Mancuso falla en su intento porque no hace explícitas las acciones cometidas, lo que problematiza el tipo de responsabilidad que asume. Es evidente la dificultad de aceptar la culpabilidad y ofrecer disculpas en la escena pública del perdón cuando es un individuo el que se reconoce como victimario de muchos. Por otro lado, falla también al intentar justificar los hechos y su comportamiento con fines de cuidado y protección.

En la disculpa, es fundamental que sea claro que no hay justificación posible a los daños causados. Estos “rituales” como los llama Griswold deben comunicar que se rechazan los actos y también la justificación de los mismos. Se deben rechazar todas las justificaciones, no solo las que dieron origen al paramilitarismo, sino todas aquellas que usaron para justificar su accionar.

Aceptar o negar el perdón

Aunque no nos hemos referido a las víctimas u ofendidos directamente (como se ha apreciado, es imposible analizar la disculpa política de Mancuso, sin mencionar las contrapartes), proponemos la posibilidad de que una petición de perdón o disculpa política agencie por sí misma diferentes formas de aceptación de la misma, así como la posibilidad de la negación del perdón por parte de las víctimas.

Es fundamental que la sociedad civil deje de esperar que el perdón en el contexto político sea productivo en razón de que las víctimas perdonen. La reconciliación no proviene de allí. Por el contrario, estaríamos

haciendo un daño peor al definir el perdón como una acción en contra de su libertad. Dar el perdón es un asunto *a priori*. La Ley de Justicia y Paz ya lo ha hecho de antemano. El país lo ha hecho y en este sentido se cierra el círculo simbólico. Las víctimas pueden escuchar las peticiones cara a cara y no pronunciarse al respecto si no lo desean. Creemos firmemente que estas disculpas son el inicio de un proceso. Los procesos de reparación deben velar por el bienestar de las víctimas, sin presionarlas como representantes de quienes otorgan el perdón.

En la obra de teatro de Fabio Rubiano, *Labio de liebre*, impacta una de las frases que una de las víctimas le dice al victimario: “perdónenos usted que siempre creyó que estábamos con los malos”. La violencia en Colombia se ha justificado por la colaboración o posible pertenencia de ciertas personas a la izquierda, a ser guerrillero, a ser de la derecha, a ser paramilitar; se han repudiando las diferencias políticas. La ideología de la eliminación ve al antagonismo como problema y a los intereses particulares como fin que justifica cualquier medio: asesinatos, tortura y desaparición.

En el terreno de la disculpa política, es fundamental empezar a contribuir a desmontar esta lógica malsana. Necesitamos creer en los acuerdos políticos y morales, en que podemos sanar y en que la ideología de la eliminación no es una vía justificada. No hay perdón posible si los victimarios, sociedad civil y víctimas no desvertebramos estas ideas y justificaciones.

Las políticas del perdón generalmente son entendidas como aquellas estrategias que privilegian la figura del perdón como un elemento fundamental para que una comunidad política pueda superar círculos de violencia recrudescidos. En ese sentido, la figura del perdón aparece en contextos jurídico-políticos con dos objetivos: primero, ofrecer una medida de reparación simbólica a las víctimas; segundo, para restablecer las relaciones dañadas o afectas por violencia con vistas a la reconciliación. No obstante, convertirla en una medida pragmática para salir de la violencia, presenta varias dificultades, por mencionar algunas: 1. La tensión que implica para la política introducir una figura ética sustantiva como el perdón. 2. La tensión que existe entre perdón y justicia. 3. La tensión entre una esfera secular y una figura con altas resonancias religiosas como el perdón. 4. La tensión entre pensar las posibilidades

de perdón en un ambiente moral que ha sido destruido por el daño atroz. De allí que, la figura del perdón como solución pragmática, lejos de presentarse como una alternativa evidente y simple para terminar con la violencia, plantea enormes dilemas que es necesario indagar en sus supuestos éticos, políticos y jurídicos.

Son necesarios múltiples análisis de la relación entre perdón y reparación, entre perdón y justicia y entre perdón y reconciliación. Por un lado, analizar con detenimiento las expectativas asociadas a estas relaciones. Por ejemplo, Sandrine Lefranc advierte que según sus investigaciones no existen datos contundentes que evidencien una estrecha y directa relación entre procesos de amnistía y de reconciliación. Aún está por profundizar en el poder simbólico, moral, político y cultural del perdón político en los procesos de transición del conflicto a la paz.

El pasado no pasa... Esta constatación debería atenuar el entusiasmo con el que los expertos difunden, a escala internacional, soluciones que combinan reparaciones y una “verdad” compartida por todos, como medios privilegiados para salir de la memoria de la violencia y llegar a una “reconciliación”. A partir de los dispositivos de la justicia de transición experimentados en América Latina en los años 1980-1990 -representados por la comisión llamada de verdad y reconciliación- se elaboró un modelo que fue ofrecido a países que salían de un conflicto (Sierra Leona, Serbia o Montenegro). Reformulado a partir de la experiencia sudafricana-considerada ejemplar-, este modelo es promovido por responsables políticos, miembros de organizaciones internacionales y no gubernamentales, no solo como un recurso pragmático a falta de una solución mejor, sino como materialización de un principio alternativo de justicia, que se expresa a través de una retórica del “perdón” y de la “reconciliación nacional”. La frustración de las primeras experiencias debería llevarnos a cuestionar seriamente tanto esta retórica como las esperanzas centradas en los mecanismos de “reconciliación”. (Lefranc, 2005, p. 164)

También es necesario prestar más atención a la diferencia entre el perdón político y el perdón interpersonal, pues se corre el riesgo de

relacionar la figura del perdón interpersonal con los fines de la reconciliación. El perdón interpersonal, como se dijo anteriormente, en un contexto de daño grave no tiene como propósito la reconciliación o pacificación, sino el de establecer relaciones moralmente adecuadas. De lo contrario, podemos estar presionando a las víctimas a perdonar a nombre de una sociedad reconciliada. Si un proceso de disculpa política lleva a procesos de perdón interpersonal, estos deben tener un lugar prioritario, pero no en los procesos de administración de justicia. Por tanto, la figura del perdón cumplirá con sus propósitos de reparación siempre que no esté ligada a beneficios o disminución en los castigos.

Esta investigación pretende ser parte de una reflexión sobre dichas tensiones y proponer, como esperamos haberlo hecho, que un análisis sobre el perdón en contextos políticos debe tener en cuenta que la disculpa política tiene una serie de mediaciones y que por lo tanto tiene unos alcances específicos, fundamentalmente un poder simbólico. Segundo, que este simbolismo puede operar como punto de partida para procesos de perdón, de reconciliación social y de reconstrucción de la comunidad moral. Y tercero, que por tal razón, la disculpa política no reemplaza el perdón interpersonal, y que su ámbito es más político que moral.

No importa si los sentimientos de Mancuso son sinceros en el sentido de que la disculpa política no espera un cambio de sentimientos. “El ritual de reconciliación es una especie de intercambio de uno hacia muchos y supone la restauración de la colaboración cívica pero no necesariamente un cambio de sentimientos. Su énfasis está en la conducta más que en el corazón” (Griswold, 2007, p. 171). La necesidad que se comunica en la disculpa política es la necesidad de una comunidad moral que aunque no espere eliminar el resentimiento sí los deseos de venganza, alcanzar la posibilidad del sentido de cooperación y, en un sentido mínimo pero crucial, que la reconciliación tenga lugar. La esfera moral de la disculpa es más amplia en este sentido que la del perdón, como lo es enteramente apropiado para la esfera política donde los ideales de la moralidad alcanzable deben ser más bajos que en la esfera privada.

(...) Esto es lo que a menudo ocurre en el plano político (...) el resentimiento individual no se resuelve, y el perdón no se pide ni

se concede. Pero lo que se puede ganar es el olvido de la venganza, la posibilidad del sentido de cooperación, y en un sentido mínimo pero crucial, que la reconciliación tenga lugar. La esfera moral de la disculpa es más amplia en este sentido que la del perdón, como lo es enteramente apropiado para la esfera política donde las ideales de la moralidad alcanzable deben ser más bajos que en la esfera privada. La redención del alma no debe ser el objetivo de la política. (Griswold, 2007, p. 172)

El escenario jurídico-político de transición colombiano presenta enormes retos para repensar la figura del perdón; resaltamos tres de ellos. El primero, pensar la figura del perdón en un contexto donde el daño no ha cesado completamente. El segundo, pensar la figura del perdón en un contexto que no ha redefinido los acuerdos normativos que en parte son responsables y culpables del daño ocasionado. Tercero y último, se requiere construir una figura del perdón interpersonal en contextos políticos que preste atención tanto a la petición como a los procesos de otorgamiento por parte de la víctima. El modelo que esta investigación asumió, en principio se ubicó del lado del victimario y su petición de perdón, en parte ello respondió a la ley que se seleccionó y a la novedad que en el contexto nacional representa. Sin embargo, no debe por ello concluirse que el perdón tiene mucha más relación con la petición que con la aceptación. En futuras investigaciones tendrá que reflexionarse en torno a las condiciones de quien perdona.

Para terminar, creemos que las premisas para un análisis del perdón en el ámbito público son, primero que el perdón en el marco de jurídico-político debe ser pensado desde un contexto de justicia restaurativa. Para la justicia restaurativa responder al daño no implica restablecer las condiciones previas al daño, asume que dicha tarea es imposible una vez ocurre la violencia atroz; más bien, se trata de responder al daño desde trabajos colaborativos para restablecer contornos morales adecuados a la dignidad de todos los miembros de la comunidad política. Así, el perdón que cuenta para la restauración o reparación moral tendrá que cumplir una serie de condiciones. Con ello queremos indicar que el perdón en el contexto público es importante, pero no cualquier tipo de perdón podrá restablecer relaciones moralmente adecuadas.

Como segunda premisa, la investigación sostiene que el perdón en contextos de daño atroz presenta la dificultad de enfrentarse a un horizonte moral erosionado. Por tanto, el modelo de perdón que requiere un contexto de violencia cruel, tendrá que prestar menos atención a las peticiones expresadas y trabajar decididamente en trabajos colaborativos para restablecer la confianza y esperanza en las expectativas normativas de la comunidad política.

Al transitar al análisis de las experiencias del perdón, especialmente con el análisis de la petición del Salvatore Mancuso, pudimos concluir que, en primer lugar, la petición no establece el significado y alcance del daño causado, por tanto, también se muestra incapaz de asumir responsabilidades frente al pasado y al futuro. Segundo, la petición de perdón cumple formalmente con condiciones morales adecuadas, tal como las hemos entendido con el auxilio de la propuesta de Griswold. Sin embargo, como se propuso en la reflexión teórica, en un contexto de daño grave, las peticiones no tienen tanta importancia como los trabajos que los victimarios y la sociedad emprendan para fortalecer la confianza y la esperanza. De lo contrario, la petición se convertirá en un ejercicio retórico vacío moralmente.

Referencias

- Comisión Colombiana de Juristas. (2007). *Anotaciones sobre la ley de “justicia y paz”*. Una mirada desde los derechos de las víctimas. Bogotá: Autor.
- Comte-Sponville, A. (2005). *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Buenos Aires: Paidós.
- Conejos, F. (2012). *Crímenes contra la humanidad en Colombia: elementos para implicar al expresidente Álvaro Uribe Vélez ante la justicia universal y la Corte Penal Internacional* (Tesis de Maestría inédita). Universidad de Valencia, España.
- Etxeberria, X. (2005). Sobre el perdón: concepciones y perspectivas. *Frontera*, 33, 11-36.
- Griswold, C. (2007). *Forgiveness: A philosophical exploration*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Honneth, A. (1992). Integridad y desprecio: motivos básicos de una concepción de la moral desde la teoría del reconocimiento. *Isegoria*, 5, 78-92.

- Lefranc, S. (2005). Las políticas del perdón y de la reconciliación. Los gobiernos democráticos y el ajuste de cuentas con el legado del autoritarismo. *Desarrollo Económico*, 45(178), 163-186.
- Mancuso, S. (5 de noviembre de 2013). Mancuso pide perdón a las víctimas [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=VJMZz-k1Kro>
- El perdón que busca Salvatore Mancuso. (11 de julio de 2013). *Revista Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/el-perdon-busca-salvatore-mancuso/350449-3>
- Rueda, C. (2012). Perdón y arrepentimiento: la experiencia de Jean Améry. *Ideas y Valores*, 68(148), 79-99.